



“Capítulo XI”

p. 271-296

William Davis Robinson

*Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.htm>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## CAPÍTULO XI

*Asalto a Los Remedios el 16 de noviembre y rechazo del enemigo. Salida de la guarnición sobre las trincheras realistas. Causa que llevó a abandonar el fuerte. Evacuación de Los Remedios en la noche del 1º de enero de 1818. Barbaridades cometidas en el fuerte por los realistas. Operaciones de los partidos contendientes después de la toma de Los Remedios. Pérdida de Jaujilla. Relato detallado de los subsecuentes acontecimientos de la revolución y su estado en el mes de julio 1819. Reflexiones.*

Los realistas, animados por la muerte de Mina, redoblaron sus esfuerzos por apoderarse del fuerte de Los Remedios, pero hallaron que los ánimos de los sitiados aumentaban en firmeza al verse presionados por la necesidad. Las fuerzas del enemigo, liberadas ya del temor a Mina que antes había paralizado sus esfuerzos, avanzaban ahora con seguridad, anunciando la venganza más terrible contra todos aquellos lugares que le habían prestado ayuda.

El gobierno patriota nombró comandante de las tropas en el campo al coronel don Miguel de Borja, oficial mexicano, y al coronel Aragón, ayudante del desaparecido general, como segundo en el mando. Pero algunos de los jefes patriotas, celosos al verse comandados por uno de sus propias fuerzas, llevaron a cabo por su cuenta una guerra de guerrillas contra los sitiadores, sin prestar mucha atención a las órdenes del gobierno o de sus oficiales.

El enemigo, desde la acción ocurrida en Los Remedios, mencionada en el capítulo IX, había mantenido un continuo cañoneo que dañó considerablemente las defensas de los sitiados, y la batería de Santa Rosalía se volvió por ello insostenible. Tan pronto como Mina fue fusilado, se envió a los miembros de la guarnición una comunicación en tono triunfante y amenazador sobre el asunto, recomendándoles que *se confesaran*, ya que los realistas se proponían tomar el fuerte por asalto y todo individuo que se hallara en él sería pasado a cuchillo. Inmediatamente después, como si intentaran llevar a cabo esta amenaza, concentraron el fuego sobre la cortina que había entre las baterías de Santa Rosalía y La Libertad, y en la mañana del 16 de noviembre lograron

abrir en ella una brecha practicable. En la tarde se observó al enemigo haciendo preparativos para el asalto. Como a las dos, las trompetas realistas llamaron al ataque, y la columna avanzó al mismo tiempo hacia La Cueva y hacia la brecha, mientras otros destacamentos lo hicieron sobre Tepeaca y Pensacola; pero pronto se vio que estos últimos movimientos eran fingidos y que el ataque real se dirigía contra la brecha. Así, pues, se hicieron los preparativos necesarios para recibirlo; las mujeres, e incluso los niños mayores, quienes en esta ocasión compitieron con los hombres en atrevimiento, muy pronto acudieron con los paisanos al punto amenazado para tomar parte en el peligro y en la gloria de ese día.

El enemigo avanzó con firmeza hacia la brecha, cubierto por el fuego de sus fortificaciones y llevando por delante el símbolo del exterminio. Los realistas se adelantaron con gran decisión, aunque estaban expuestos a un molesto fuego de fusil y metralla y a la lluvia de armas arrojadas que les lanzaban los paisanos y las mujeres, las que sin preocuparse por el peligro se subieron a las murallas con sus delantales y canastas llenos de piedras, que arrojaban a los sorprendidos asaltantes. No obstante, el enemigo conservó el orden en columnas cerradas hasta llegar como a veinte pasos de la brecha, donde hizo un alto repentino; unos cuantos soldados decididos se precipitaron en ella desde la cabeza de la columna y de hecho penetraron en la brecha, donde perecieron. Entre estos intrépidos hombres se hallaba el oficial que llevaba la bandera negra. Pero el resto de la columna de asalto permaneció como petrificado, pues el desaliento lo dominaba por completo. Los defensores, al darse cuenta de ello, hicieron una salida, atacaron vigorosamente y obligaron al enemigo a ceder y a huir en el mayor desorden, dejando un lado de la barranca cubierto con sus muertos y heridos. Se mantuvo un fuego irregular desde distintos puntos por algún tiempo, hasta que los realistas abandonaron el ataque y se retiraron a sus trincheras, habiendo sufrido severamente.<sup>4</sup> La pérdida de la guarnición fue considerable, y en buena parte correspondió a los sobrevivientes de la división de Mina.

Liñán, después de esta derrota, dirigió su atención a reconstruir la mina bajo la fortificación de Tepeaca y, habiendo logrado acercarse por medio de un camino cubierto, pudo desalojar a los sitiados de un baluarte que habían erigido frente a la galería para evitar que el enemigo intentase de nuevo el trabajo de zapa. En esta operación, y en mantener un cañoneo vigoroso, los enemigos pasaron el resto de

<sup>4</sup> El parte oficial del comandante realista reconoce que en esta acción su pérdida fue de cuarenta y cuatro muertos, incluyendo siete oficiales; ciento setenta y siete heridos, incluyendo veintitrés oficiales, y ciento treinta y seis lastimados por armas arrojadas, incluyendo once oficiales; en total, trescientos cincuenta y siete.

noviembre y todo diciembre, pero fallaron en sus repetidos intentos de volar Tepeaca.

Ya hemos mencionado las cantidades considerables de carbón, salitre y azufre que había en el fuerte, con los que podía elaborarse la pólvora necesaria; pero, ya fuera por la mala administración de los jefes o por depender para su aprovisionamiento de Jaujilla, tan sólo una persona se empleaba en la fabricación de este indispensable artículo. La operación era realizada por los patriotas de una manera muy tediosa, por medio de *metates*. Los ingredientes se muelen en esta piedra y después se granulan pasándolos por cedazos. Este proceso es tan lento que un hombre no elabora en un día más de lo que un experto oficial puede hacer en una hora. Al prepararse sin habilidad o sin el conocimiento científico de las proporciones necesarias de los materiales componentes, su grano es malo, con frecuencia no prende y casi nunca puede confiarse en ella. Mala, sin embargo, como era la calidad de la pólvora, podría haberse elaborado una cantidad suficiente si se hubieran tomado medidas oportunas; pero, por falta de ellas y por la duración del cañoneo que había mantenido la guarnición, en el mes de noviembre se descubrió que el almacén se encontraba casi vacío.

Para remediar la falta de municiones, que los socorros parciales de Jaujilla no alcanzaban a proporcionar, se decidió hacer una salida sobre las trincheras enemigas, donde se esperaba poder obtener algún abastecimiento. Así, pues, se escogieron para el ataque las fortificaciones frente a La Libertad, que eran, en realidad, la única posición lo bastante abierta para semejante empresa. Se destacaron trescientos hombres para este servicio y el mando se dio a los capitanes Crocker y Ramsay, los dos jóvenes intrépidos que se habían distinguido en una ocasión anterior contra esa misma posición.

Se hicieron los preparativos; por la noche salió la partida y, alcanzando las espaldas de la primera batería enemiga, los patriotas asaltaron la segunda línea con la esperanza de que los realistas abandonaran la primera y así obtener la posesión de las dos. En esto se engañaban; la segunda línea fue tomada y el enemigo se retiró a su tercera trinchera, desde donde mantuvo un rápido cañoneo así como el fuego de sus fusiles, que molestó seriamente a los asaltantes. No obstante, la valiente partida, después de obtener una pequeña cantidad de municiones, clavó la artillería, desmontó y acarreó los cañones a la barranca y se retiró, pero con una pérdida de veintisiete muertos y varios heridos.

Hacia finales de diciembre las municiones se habían agotado por completo y como Jaujilla, de donde el fuerte se proveía hasta entonces, se hallaba totalmente cercado, era imposible obtener más suministros de aquel lugar. La guarnición se vio así reducida a la alternativa de

abandonar el fuerte o esperar un nuevo asalto enemigo. Este último partido hubiera sido muy imprudente, ya que la falta de municiones los hubiera expuesto a quedar a merced de los realistas. Se resolvió, por lo tanto, proceder a la evacuación. Los únicos dos puntos por los que se podía efectuar eran La Cueva y Pensacola. De hacerse desde La Cueva, sería necesario descender a la llanura y encontrarse con la fuerza principal de los realistas, lo que hubiera significado una destrucción segura. La única alternativa que quedaba era salir por Pensacola. El enemigo era más débil en este punto, pero también allí existían grandes obstáculos, causados por las asperezas de la ruta por la que debía efectuarse la salida, pues el camino pasaba por barrancas en las que era imposible moverse en formación cerrada, además de que estaban rodeadas por precipicios que hacían difícil en extremo el ascender a los terrenos altos, donde asimismo los realistas habían erigido una cadena de fortificaciones. Las perspectivas que se ofrecían a la guarnición eran, por lo tanto, más desalentadoras que las que se presentaron en El Sombrero cuando se vio reducido a extremo semejante; pero se tenían esperanzas de que podrían alcanzarse las montañas antes de que el enemigo pudiera reforzar sus puestos o enviar partidas en su persecución desde su campamento principal. Por ello, Pensacola fue el punto que se escogió, pues brindaba el mejor medio de llevar a cabo la retirada, en realidad el único posible, y se fijó la noche del 1º de enero de 1818 para la evacuación del fuerte.

Se acostumbraba en Los Remedios que los centinelas dieran el santo y seña durante la noche; pero, tan pronto como se decidió la evacuación, el coronel Novoa ordenó que se suspendiera tal práctica. En este caso fue una medida fatal, porque indicó al enemigo que la guarnición estaba a punto de emprender un movimiento que, naturalmente, se supuso debía ser la evacuación del fuerte. Así, pues, los realistas hicieron todos los preparativos para cortarles la retirada e interceptar a cuantos fugitivos fuera posible. Dentro del fuerte se había guardado el mayor secreto; ni siquiera los oficiales de Mina fueron informados de la evacuación que se intentaba sino hasta el momento en que iba a ejecutarse, pero ellos, al igual que el enemigo, habían anticipado tal desigmo por el cambio habido en la costumbre de los centinelas.

A la hora señalada, en la noche del 1º de enero, toda la guarnición, las tropas, los paisanos, las mujeres y los niños se reunieron en Pensacola. Se sucedieron entonces escenas dolorosas que sobrepasaron incluso a las de El Sombrero. El abandono de los heridos, a quienes era imposible transportar, la certeza de que caerían bajo el poder de un enemigo despiadado y el recuerdo de la suerte de aquellos que habían permanecido en situación semejante en El Sombrero fueron

circunstancias que marcaron la separación final de amigos y parientes con un horror indescriptible.

Estando todo arreglado, la vanguardia, con la que marchaba el padre Torres, descendió a la barranca. La siguieron las otras divisiones de la tropa; pero, debido a las dificultades especiales del paso, su progreso fue tan lento que, antes de que la mitad de la guarnición estuviera fuera del fuerte, la avanzada encontró un puesto enemigo. El vivo tiroteo que se inició por ambas partes rompió el profundo silencio de aquella retirada nocturna, despertó al enemigo y lo puso sobre alerta. Una columna procedente del cuartel general entró al fuerte por Tepeaca. Al encontrarlo abandonado, los realistas avisaron a sus compañeros, que se hallaban frente a Pensacola, que la guarnición se retiraba por aquel punto. De inmediato se encendieron grandes hogueras en todas direcciones, las que al emitir un poderoso resplandor sobre las barrancas y las cimas de las colinas contiguas señalaban la dirección que habían tomado los fugitivos. Las tropas enemigas que habían entrado por Tepeaca descendieron en persecución de aquellos que esperaban salir del fuerte; entonces el horror y la confusión hicieron desaparecer el silencio mantenido por los fugitivos. El aire se llenó de las voces de los hombres, los gritos de las mujeres y los niños y las burlas y vocearía de los enemigos, a los que se unieron los disparos de fusil. Por intentar huir de las bayonetas que de momento amenazaban destruirlos por la retaguardia, muchos de los sitiados se lanzaron en tropel al paso fatal, que era demasiado angosto para contenerlos a todos, así que cayeron unos sobre otros a los precipicios, donde encontraron una muerte instantánea o se rompieron y fracturaron horriblemente los miembros. Los que llegaron al último fueron más afortunados que sus compañeros, pues al rodar sobre los muertos, los moribundos y los heridos que les habían precedido en gran número su caída se atenuó y muchos escaparon con vida. Los gritos de dolor resonaban por las barrancas y eran contestados con las burlas de un enemigo vengativo. Tan pronto como se dio la alarma, los realistas apostaron a su infantería para vigilar todos los pasos practicables hacia las alturas; sin embargo, muchos fugitivos lograron pasar a través de ellos, mientras que otros se escondieron en las barrancas. Por fin, la luz del día puso término a esta noche de horror y permitió al enemigo adoptar nuevas precauciones para aprehender a los fugitivos. Cada grieta y arbusto fueron explorados por la infantería realista y se encontró a muchos fugitivos de ambos sexos, que fueron muertos en el acto. Don Cruz Arroyo, arrastrado desde su escondite, encontró la muerte bajo las bayonetas de los soldados. Al reconocerlo los realistas, su cadáver fue tratado con la más espantosa de las barbaries en venganza por la destrucción que el espíritu

que alguna vez lo animó les había causado. Le cortaron la cabeza, le sacaron las entrañas y el corazón y los realistas dieron satisfacción a sus ojos, peores que los de los salvajes, con la vista de sus miembros aún palpitantes. La caballería batió las llanuras y apresó y mató a muchos de los que, después de escapar de los horrores de la noche, prosiguieron su camino regocijándose de haber burlado hasta entonces al enemigo y esperando salvarse del todo.

Entre los que escaparon se hallaban el padre Torres y doce hombres de la división de Mina. El resto murió durante el sitio o cayó en las barrancas en la oscuridad de la noche. Entre estos últimos se encontraban el valiente capitán Crocker y el doctor Hennessy. Entre los prisioneros estaba el coronel Novoa, el único de la división que cayó en manos enemigas, y dos hermanos del padre Torres. Muchas mujeres fueron hechas prisioneras y la delicadeza nos impide manchar nuestras páginas con los pormenores del trato que recibieron. Es imposible describir todos los excesos de la soldadesca brutal; los actos cometidos en El Sombrero, aunque tristes en extremo, no pueden compararse con los de Los Remedios. Los enfermos y heridos del hospital esperaban con tranquilidad la muerte, pero no en la forma tan espantosa en que se hallaban destinados a encontrarla. Se prendió fuego al edificio donde estas infortunadas víctimas se encontraban apiñadas y cuando alguno de estos desgraciados infelices, a quien le quedaban todavía fuerzas suficientes para intentar arrastrarse fuera de las llamas, hacía su aparición, se le empujaba dentro o se le recibía a bayonetazos; en menos de una hora sus gritos fueron seguidos por el silencio de la muerte y quedaron tan sólo sus cenizas. Ésta es una de aquellas salvajes proezas de las que, por supuesto, toda información se excluye de las columnas de la *Gazeta de México*, pero su autenticidad no depende de tal autoridad; ha sido narrada por quienes en ese momento eran prisioneros de Liñán y por los oficiales españoles, los que se estremecían al referir tan triste historia. Se podría atender las recusaciones de estos actos de salvaje barbarie, o en algo valdrían las excusas de haberse cometido por la furia incontrolable de unos cuantos individuos, si una lista espantosa de horrores semejantes ejecutados por los realistas durante esta revolución no manchara los anales de las armas españolas. Hemos referido ya algunos de ellos y la lista negra se aumentará con los pormenores de otros que se registran en el siguiente capítulo.

La mayoría de los combatientes que cayeron presos no tuvo que permanecer por mucho tiempo en duda sobre su suerte. Liñán, siempre deseoso de volver más penosa la situación de sus desgraciados prisioneros, y no contento con la suerte que les esperaba, no cesó de tratarlos con indignidad. Los obligó a trabajar en la demolición de las

fortificaciones e inmediatamente después los fusiló. Entre aquellos que así perecieron se hallaba el coronel Novoa, quien en sus últimos momentos demostró gran firmeza y murió gritando “Viva la república”.<sup>1</sup>

De las mujeres que fueron hechas prisioneras, las que pertenecían a las familias de los jefes se enviaron a las poblaciones realistas. Entre ellas se hallaban dos hermanas del padre Torres, una de las cuales era una joven muy amable e interesante, y todas las mujeres de la familia de don Miguel de Borja. Las de clase inferior fueron puestas en libertad después de habérseles rapado por completo la cabeza.

El enemigo halló una gran provisión de granos en el almacén del fuerte, pero nada más; a pesar de que en su parte Liñán se jacta de haber encontrado cierta cantidad de municiones, esto es una mentira despreciable, como las que a menudo han caracterizado los informes oficiales de los comandantes realistas.

Así cayó el fuerte de Los Remedios, después de resistir durante cuatro meses los intentos de un enemigo muy superior en fuerzas, artillería, municiones y en la experiencia y disciplina de sus tropas, pues éstas, en su mayoría, habían formado parte de los reales ejércitos en las campañas de la península.

La muerte de Mina y la caída de Los Remedios permitió a los realistas tomar medidas enérgicas para desalojar a los patriotas de sus restantes plazas fuertes, y aquéllos se lisonjaban de que cuando esto se llevara a cabo la insurrección, tan prolongada, terminaría rápidamente. No parece que se hayan dado cuenta del hecho de que los patriotas se hallaban animados por un espíritu de odio que no podía ser vencido, y de que si se les echaba de sus fuertes se retirarían a las montañas y a las barrancas y, en vez de acceder a algún acuerdo, soportarían toda privación posible y, a la larga, se convertirían (como se les llama generalmente) en un cuerpo de bandidos.

En la rápida ojeada que en el curso de este trabajo lanzamos sobre las operaciones militares de los patriotas, exhibimos sus triunfos y derrotas y demostramos que estas últimas provenían de la ignorancia, de la falta de organización y disciplina, de la escasez de fusiles y, especialmente, de la falta de unión entre los jefes patriotas. A estas dos últimas circunstancias, más que a ninguna otra, puede adjudicarse el triunfo de los realistas, porque no abrigamos la menor duda de que durante los años de 1814 a 1817 la unión de las fuerzas patriotas y una provisión de ocho o diez mil fusiles extranjeros hubieran decidido la lucha en favor de los revolucionarios en muy pocos meses. No es necesario entrar ahora en los pormenores de las escenas de desastres y confusión que

<sup>1</sup> “Viva la república” en español en la edición de 1820.

tuvieron lugar entre los patriotas después de la muerte de Mina, excepto en cuanto puedan tender a mostrar el inconquistable espíritu de hostilidad al gobierno español que prevalece entre los insurrectos en las intendencias de Guanajuato, Valladolid y México.

Ya hicimos mención de la pequeña fortaleza de Jaujilla como el lugar donde los miembros del gobierno patriota llevaban a cabo sus reuniones. Durante el mes de diciembre los realistas de la intendencia de Valladolid habían levantado una fuerza de mil hombres para reducir este fuerte. La dirección de la empresa se encomendó a don Matías Martín y Aguirre, comandante general de la provincia de Valladolid, en la que se encuentra situada Jaujilla. Don Matías, pariente lejano del infortunado Mina, era un oficial muy hábil y activo y sus esfuerzos contribuyeron en mucho a preservar la joya de México en la diadema de España. A diferencia de sus contemporáneos, nunca manchó injustificadamente sus manos de sangre. Obedecía con renuencia muchas de las crueles órdenes de su gobierno, pero al mismo tiempo la clemencia influía en toda su conducta y templaba su espada con la compasión. A causa de sus señalados servicios se le nombró comandante del regimiento de dragones llamado los *Fieles de San Luis*, que a pesar de componerse de tropas miserables era uno de los mejor equipados y organizados y contaba con la mejor caballería al servicio de los realistas. En el periodo de que hablamos, don Matías gozaba de la confianza del virrey y con entusiasmo secundaba sus esfuerzos para alcanzar los fines de su gobierno con la menor efusión de sangre posible. Había ordenado a todos los oficiales bajo su mando que actuaran con clemencia, disposición que fue obedecida por algunos mientras que otros, libres de su control inmediato, continuaron dando rienda suelta a su espíritu de crueldad tan largamente consentido. Su conducta con los prisioneros que caían en sus manos no era tan sólo compasiva sino generosa, y en varias ocasiones se hizo responsable de desobedecer órdenes superiores antes que quitarles la vida. Sentimos gran placer en ofrecer así nuestro pálido tributo de respeto a una persona cuyos sentimientos presentan un contraste tan grande con los de la mayor parte de los jefes españoles. Algunos de los oficiales de la expedición de Mina que cayeron en manos de don Matías fueron tratados de manera muy humanitaria, y a los soldados que fueron hechos cautivos se les liberó con la condición de servir durante dos años en el ejército realista. Uno de ellos, un americano, obtuvo el perdón por intercesión de don Matías y consiguió que se le pusiera en libertad y se le enviara a los Estados Unidos. Ninguno de los compañeros de Mina recibió de sus manos la muerte, y aunque a algunos de ellos se les envió a Europa por órdenes del gobierno fue

en contra de los deseos de don Matías. Varios de los oficiales de Mina que se hallan ahora en los Estados Unidos deben la vida al humanitario Aguirre.

Don Matías, al sitiar Jaujilla, encontró que por su fuerza y su situación peculiar podía ofrecerle una resistencia formidable. El fuerte se hallaba comandado por un individuo de nombre López de Lara,<sup>2</sup> asistido por dos oficiales de la división de Mina, los capitanes *Lawrence Christie* y *James Devers*, ambos americanos. A los pocos días de haber comenzado el sitio, los miembros del gobierno insurgente se retiraron a la Tierra Caliente de Valladolid.

Don Matías, antes del inicio de las hostilidades, envió un parlamentario para ofrecer condiciones de capitulación a los defensores, las que fueron rechazadas de inmediato. Se hicieron entonces algunos ataques y, después de varios intentos inútiles de tomar el fuerte por asalto, el enemigo se vio obligado a esperar su rendición por hambre.

Mientras se realizaban estas operaciones en Jaujilla, el padre Torres escapó de Los Remedios y se retiró al pueblo de Pénjamo, pues las llanuras y montañas de sus alrededores le brindaban un refugio temporal. Este pueblo se halla, como ya se ha dicho, a cosa de cuatro leguas del fuerte de Los Remedios, sobre un declive cerca del pie de la línea de colinas en la que se encontraba situado el fuerte, dominando una espléndida planicie donde se cultiva intensamente el maíz y que forma un anfiteatro con las alturas que la rodean. Los habitantes de la llanura de Pénjamo se encontraban, generalmente hablando, en circunstancias bonancibles, y muchos de ellos poseían una considerable fortuna antes de la revolución. El pueblo de Pénjamo era el lugar usual de residencia de aquellos hacendados que se distinguían por su hospitalidad y sus buenos modales. Además de ocuparse en la agricultura, mantenían un extenso comercio de alimentos, en especial de cerdos, que se enviaban a la ciudad de Guanajuato.

Los habitantes del pueblo, y de hecho los de toda la llanura, se habían destacado a lo largo de la revolución por su entusiasmo a favor de los patriotas, y en este lugar fue donde Torres inició su carrera militar. En este tiempo era cura de una pequeña población cercana a Pénjamo, llamada *Cuitzeo de los Naranjos*.<sup>3</sup> Después de que el padre se convirtiera en comandante del lugar, al tiempo que Mina penetraba en la provincia de Guanajuato, Pénjamo formó su comandancia inmediata. A pesar del despótico influjo que ejercía sobre sus amigos desde su cuartel general en Los Remedios, una gran parte de los habitantes le permaneció todavía adicta. Pénjamo no había escapado a la destrucción

<sup>2</sup> Antonio López de Lara.

<sup>3</sup> "*Cuitzeo de las Naranjas*" en la edición de 1820.

general de pueblos y villas. Sus hermosos edificios fueron arrasados y en su lugar se habían erigido unas cuantas chozas. Aquí fue donde el padre Torres estableció su cuartel general nominal después de la evacuación de Los Remedios; decimos nominal porque las circunstancias en que se encontraba evitaron que efectivamente permaneciera de continuo en algún sitio, aun si su naturaleza cobarde se lo hubiera consentido, porque en su seguimiento el enemigo cubría la llanura con sus tropas y se esforzaba por alcanzarlo. Como su actividad se veía estimulada por sus temores, nunca durmió dos noches seguidas en el mismo lugar ni en la misma montaña. Durante este periodo de persecución y peligro, que duró casi un mes, Torres mantuvo consigo a una pequeña escolta de caballería y, sin abandonar la planicie ni las montañas de Pénjamo, pudo eludir la vigilancia de sus perseguidores. Si hubiera mostrado la misma actividad para preservar a las tropas bajo sus órdenes o molestar a los realistas, hubiera merecido y recibido alabanzas. Como conocía su inhabilidad para hacer frente a sus perseguidores, se veía obligado a no cesar en sus esfuerzos para precaverse de una sorpresa. Cuando oscurecía, conducía a su escolta a través de veredas y rutas tortuosas a lugares secretos en las montañas, siempre distantes del sitio donde había pasado la noche anterior. Se acostaba temblando de miedo, con un sirviente cerca de él para que diera la alarma en caso de peligro. Además, tenía un caballo ensillado y con riendas, no con el propósito de actuar a la defensiva con sus tropas sino de garantizar su seguridad personal por medio de una fuga inmediata. Poseía algunos de los caballos más veloces del reino, era un experto jinete y siempre mantenía cerca de sí tres o cuatro monturas listas para usarse. En los combates ocasionales que sus tropas sostuvieron con el enemigo, invariablemente actuaba de manera poco acorde con su condición de soldado y comandante, siempre apostándose en una situación de mando en la retaguardia en vez de animar a sus soldados con su presencia en la lucha y, cuando descubría que entre sus hombres aparecía el más leve indicio de confusión o desánimo, picaba espuelas a su caballo y dejaba que se las arreglaran solos.

Los realistas, mientras tanto, no estaban ociosos; sus divisiones ligeras recorrían la región en todas direcciones. Ni Torres ni sus oficiales subalternos oponían alguna resistencia a sus progresos, todos ocupados en procurar su propia seguridad. Pasaban la noche en las montañas, *sub dio*, sin importar las inclemencias del tiempo, y durante el día se apostaba un vigía en la torre de una iglesia u otra altura dominante para precaverse de una sorpresa del enemigo. Ésa era por entonces, como lo es ahora, la forma de vida de esa desgraciada gente, y nada puede ilustrar con más fuerza su aborrecimiento al real gobierno que el que se sometían así a tales privaciones antes que aceptar la protección de la amnistía real.

Los realistas pronto se fortificaron en el Valle de Santiago, privando así a los patriotas de los recursos de aquel distrito. También ocuparon la hacienda de Cuérámaro,<sup>4</sup> como a una legua del pie de la colina que subía al fuerte, lo que evitaba que éste fuera ocupado de nuevo por los patriotas y privaba a Torres de una porción valiosa de su comandancia. En la Tierra Caliente de Valladolid, los realistas se hallaban igualmente activos. Por todo el país los patriotas parecían aterrados, y era tal la falta de unidad en sus operaciones que incluso las escaramuzas con el enemigo se volvieron, al final, cada vez más esporádicas.

Torres, al ver que el enemigo relajaba el rigor de su persecución, hizo un débil esfuerzo por socorrer a la guarnición de Jaujilla, cuyo sitio había proseguido vigorosamente Aguirre. Cuando llegó a legua y media del enemigo, despachó a don Pablo Erdozáin, un excelente oficial de caballería (de quien ya hemos hecho mención), con una partida de trescientos hombres, para que estuviera a la espera de una partida enemiga de igual fuerza que abandonaba el campamento cada mañana con el propósito de forrajear. Las medidas que don Pablo tomó fueron bien pensadas. Colocó a sus tropas en una emboscada y ansiosamente esperó que se acercaran los realistas que, al avanzar, fueron pronto descubiertos, y todo prometía un resultado feliz. El enemigo entró en la emboscada sin sospechar nada y sin ningún orden. En ese momento favorable, don Pablo ordenó el ataque; pero, para su mortificación y sorpresa inenarrables, sus tropas, en vez de obedecer sus órdenes y después de vacilar un momento, dieron la espalda al enemigo y huyeron. De inmediato fueron perseguidas y el valiente Erdozáin pudo escapar con dificultad.

Una refriega con otra partida enemiga ocurrió por ese entonces en una hacienda llamada *Surumuato*, situada a pocas leguas de Pénjamo, y terminó tan infructuosamente como la acción que acabamos de relatar, porque, si bien los realistas fueron de hecho derrotados y pudieron haber sido destruidos por completo, salieron finalmente victoriosos a consecuencia de la huida de los patriotas en el momento crítico.

El padre Torres, en vez de volverse humilde por sus recientes desgracias, se tornaba más caprichoso y despótico cada día y por último cometió una acción que hizo que sus subalternos temieran por su propia seguridad y le granjeó su odio. Don Lucas Flores, comandante de Valle de Santiago que había sido uno de los amigos más constantes y útiles del padre, fue arrestado con un pretexto baladí y sin juicio ni audiencia se le condujo a las montañas y se le fusiló en secreto. La manera en que se llevó a cabo su arresto muestra el carácter

<sup>4</sup> “Querámaro” en la edición de 1820.

traicionero y bárbaro de Torres. Envió orden a don Lucas de que lo alcanzase en un determinado lugar; éste obedeció y Torres, con su estado mayor, se encontró con él. Se dieron los abrazos acostumbrados, a los que siguió una reunión social, donde comenzaron a jugar cartas. Don Lucas perdió todo su dinero, del que el padre ganó una proporción considerable, y posteriormente comieron juntos con la cordialidad que acostumbraban. Después de comer, Flores fue arrestado sin la menor explicación. Sus efectos personales se repartieron de inmediato entre los miembros del estado mayor y Torres se apoderó del mejor de sus caballos. Con indiferencia brutal, el padre se dirigió a Flores y le ordenó retirarse. El desgraciado oficial fue conducido, como ya se dijo, a un lugar secreto en las montañas que dominan Pénjamo, donde se le fusiló.

Mientras Torres cometía estos excesos y huía por toda la región para eludir al enemigo, Aguirre mantenía con perseverancia el sitio de Jaujilla. Éste duraba ya tres meses cuando su comandante, López de Lara, y algunos de sus oficiales se alarmaron. Previendo que finalmente el fuerte sería reducido por hambre y suponiendo que la guarnición correría la misma suerte que los patriotas de otros fuertes, Lara consideró que lo mejor sería tomar medidas oportunas para salvarse con su partido. Ocultó sus intenciones a los capitanes Christie y Devers, porque bien sabía que nunca consentirían en rendir Jaujilla mientras fuera defendible. Así, pues, envió una proposición secreta a Aguirre, ofreciendo entregarle el fuerte y *los dos angloamericanos*. Por supuesto, la propuesta fue aceptada de inmediato. Lara y sus compañeros se apoderaron entonces de los oficiales de Mina y los entregaron, junto con el fuerte, en manos del enemigo. Aguirre mostró la magnanimidad de su carácter al adoptar una conducta completamente contraria a la del bárbaro Liñán y otros jefes españoles. Disgustado por la perfidia de Lara, le reprendió en los términos más severos por su conducta indigna y deshonrosa para con sus aliados, los dos angloamericanos, sobre quienes de inmediato ordenó que fueran tratados con toda la indulgencia que permitiera su seguridad, y en vez de fusilar a los soldados que cayeron en sus manos los desarmó y los puso en libertad.

Aguirre, después de destruir el fuerte y dejar una guarnición en el pueblo de Zacapu para evitar que fuera de nuevo ocupado, regresó a Valladolid, llevando consigo a sus dos prisioneros americanos. Se les puso en prisión y se recibieron órdenes del virrey de que fueran pasados por las armas. El generoso Aguirre se resistió a cumplir las reiteradas instancias virreinales de ejecutarlos y, finalmente, después de interceder por ellos, logró que el gobierno les perdonara la vida. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos porque se les liberara y enviara a los Estados Unidos, fueron llevados a la capital y después trasladados a Europa.

El furibundo Torres continuaba todavía su loca carrera, vagando por la región, apoderándose arbitrariamente de las propiedades de todos y quemando pueblos y haciendas con el pretexto de privar al enemigo de los medios de fortificarse a su paso por ellos. La desgraciada población de Puruándiro sufrió un segundo incendio y Pénjamo compartió su suerte. Sólo se salvó una iglesia, y se les prohibió a los habitantes que vivieran entre las ruinas. En resumen, la tiranía y los excesos de este hombre llegaron a ser tan grandes que a la larga la gente de su comandancia lo odió y temió más que al mismo enemigo.

Mientras tanto, el gobierno revolucionario había experimentado algunas vicisitudes. Después de abandonar su sede de Jaujilla, se estableció en la Tierra Caliente de Valladolid, donde los realistas no eran tan numerosos como en el Bajío y donde, por las ventajas naturales de la región, podía ocupar posiciones seguras o, cuando menos, favorables para escapar en caso de una sorpresa. Tres de sus miembros, fuera por desagrado o por la convicción de que sus servicios no podían ser ya de ninguna utilidad a su patria, firmaron y presentaron su renuncia. Sus nombres eran: *Ayala*, presidente; *Lojero*, secretario, y *Tercero*.<sup>5</sup> El doctor San Martín se dirigió a un pequeño lugar llamado Zárate, donde don Antonio Cumplido, don Pedro Villaseñor y don Pedro Bermeo fueron designados *gobernantes*<sup>6</sup> en sustitución de los otros, y San Martín quedó de presidente por razón de su antigüedad.

El nuevo gobierno se veía rodeado de dificultades que eran casi imposibles de vencer y, por grande que haya sido su celo para restablecer el orden y dar un nuevo impulso a la causa de la revolución, ocurrió un suceso que impidió que desplegara sus esfuerzos ya que, en el mes de febrero de 1818, sus miembros fueron sorprendidos por una partida enemiga que penetró en Zárate y tomó prisionero al presidente San Martín, pues las enfermedades de este anciano caballero imposibilitaron su escape con los demás miembros. Cumplido renunció a su puesto, convencido de que las cosas se hallaban en un estado tan irremediable que hacía inútil establecer un gobierno regular. Sin embargo, todavía se mantuvo una especie de autoridad civil y don José Pagola, digno e inteligente patriota, y don Mariano Sánchez de Arreola<sup>7</sup> fueron designados para ocupar los lugares de San Martín y Cumplido. Los dos nuevos miembros, con don Pedro Villaseñor y Bermeo, constituyeron así el gobierno, y Villaseñor fue elegido presidente.

El primer cuidado que ocupó la atención del nuevo gobierno fue el desacuerdo entre el padre Torres y dos de sus oficiales, don Andrés

<sup>5</sup> “Tercera” en la edición de 1820.

<sup>6</sup> “*governantes*” en la edición de 1820.

<sup>7</sup> “*Sanchez de Ariola*” en la edición de 1820.

Delgado y el brigadier Huerta.<sup>8</sup> Ambos oficiales comandaban poderosos cuerpos de patriotas, y Delgado se hallaba a la cabeza de las tropas que habían estado bajo el mando de Flores, el jefe asesinado. La conducta de Torres se había vuelto tan insoportablemente ultrajante y tiránica que Delgado y Huerta rehusaron someterse por más tiempo a su autoridad y en el mes de abril convocaron a una reunión de jefes patriotas en Puruándiro, a la que Torres asistió, con el propósito de nombrar a un nuevo comandante en jefe. El coronel don Juan Aragón fue designado para ocupar el puesto de Torres. El padre se retiró enfadado de la reunión, en compañía de unos cuantos de los jefes menos respetables. Tuvo la habilidad de inducirlos a firmar una representación dirigida al gobierno en su favor, en la que declaraban su satisfacción por la conducta de Torres y suplicaban que retuviera su puesto. El gobierno, no obstante, ratificó el nombramiento de Aragón y lo nombró comandante general de la provincia de Guanajuato, permitiéndole a Torres que se retirara con todos los honores y que recibiera la paga correspondiente a su rango. El nombramiento del coronel Aragón fue un acontecimiento que mucho molestó al padre, quien siempre había visto con envidia a aquel jefe.

El inquieto y ambicioso sacerdote no estaba, sin embargo, dispuesto a someterse sin hacer un esfuerzo por verse restablecido en el mando supremo. El 28 de abril, teniendo consigo a casi mil quinientas tropas, que incluían infantería, recibió información de que una división realista ligera, compuesta de cuatrocientos hombres bajo el coronel Bustamante,<sup>9</sup> se encontraba en el rancho *de Los Frijoles*. Para recuperar su popularidad, decidió atacar al enemigo y logró tomarlo completamente por sorpresa; no obstante, la acción se perdió de la manera más ignominiosa a causa de sus disposiciones poco juiciosas y de su mala conducta personal. Apenas había comenzado el encuentro cuando la caballería, por uno de esos terrores inexplicables que en ocasiones se apoderaban de ella, huyó sin entrar en combate. Torres, quien se hallaba a cierta distancia en la retaguardia, al ver la confusión, en vez de intentar reunir la aventajó en la huida. Los que componían la infantería, abandonados y obligados a luchar sin siquiera una esperanza de triunfar con desventajas tan avasalladoras, al ver lo desesperado de su situación se formaron bajo los árboles y con decidido valor se defendieron hasta que todos los individuos, menos uno, quedaron muertos. La cabeza de su comandante, el teniente Wolfe, que le fue cortada a su cadáver, se llevó a Irapuato y se colocó sobre una pica.

<sup>8</sup> Por desgracia, no he podido averiguar su nombre de pila.

<sup>9</sup> Se trata del militar realista Anastasio Bustamante, quien llegaría a ocupar la presidencia de la República.

Tan pronto como Aragón recibió su nombramiento del gobierno comunicó la noticia a Torres, quien contestó que el nombramiento era ilegal y no lo obedecería. Entre los jefes que habían tomado parte en privar a Torres del mando se hallaba don Andrés Delgado, muy conocido por los gachupines por el nombre de *El Giro*. Este oficial era indígena y aunque carecía de educación tenía singular perspicacia y se hallaba admirablemente preparado para la guerra de guerrillas. Su valor era impetuoso y su actividad asombraba al enemigo. Tenía tan sólo veinticinco años de edad y en su corta carrera militar había recibido veintidós heridas. Los dragones del Valle de Santiago, el mejor y más eficiente de los cuerpos de patriotas de México, se encontraban bajo su mando. De las tropas realistas pocas los igualaban en el combate y ninguna los excedía en valor. Montaban los mejores caballos que el país podía ofrecer y, a diferencia de otros cuerpos de patriotas, operaban de continuo contra el enemigo y mantenían la parte del Bajío entre Salamanca y Celaya en un estado de continua alarma. *El Giro* y toda su tropa odiaban y despreciaban a Torres y ansiosamente esperaban la orden de reducirlo a la obediencia; pero Aragón conocía las malas consecuencias que produce la disensión y por ello determinó tomar medidas pacíficas antes de recurrir a la fuerza.

Torres era asistido por el expresidente, don Ignacio Ayala, hombre lleno de duplicidad y astucia, por cuyo consejo se había opuesto a los cambios recientes. La fuerza que Torres tenía bajo su mando inmediato era de unos ciento veinte hombres, pero en secreto estaba apoyado por don Encarnación Ortiz y don Miguel de Borja.

La división de Mina se hallaba casi del todo aniquilada, pues tan sólo *nueve oficiales y cuatro soldados* quedaban con vida. Los que habían estado con Torres, al verse descuidados y maltratados, lo abandonaron, a excepción de un hombre, y este solitario individuo, tan pronto como Aragón recibió su ascenso, dejó al padre y se reunió con sus compañeros.

Aragón, al ver que todos sus intentos por hacer que Torres reconociera su autoridad eran estériles, de mala gana recurrió a las armas. El padre, incapaz de enfrentarse a las fuerzas de Aragón, se dirigió a sus amigos Borja y Ortiz. Creyendo que con su ayuda le sería todavía posible recuperar su perdido poder, emitió una proclama arrogante y absurda en la que declaraba ilegal el establecimiento del gobierno en Tierra Caliente, mandaba obediencia a don Ignacio Ayala como la única cabeza legítima de la autoridad civil y exigía a todos los verdaderos americanos que lo ayudaran para reivindicar su título. El padre salió de Burras con cerca de trescientos hombres, que le habían dado Borja y Ortiz, hacia Pénjamo, lugar del que Aragón, como su sucesor en la comandancia, había tomado posesión en el mes de julio. Pronto recibió

Aragó una comunicación de estos amigos de Torres, en la que le expresaban que el deseo de arreglar las cosas amigablemente y no la intención de actuar con hostilidad los había inducido a brindar una escolta al padre y a acompañarlo en persona. Después de intercambiar correspondencia, se acordó que en Surumuato, a las orillas del Río Grande, se discutirían las diferencias entre los partidos con el río de por medio. Aragón, tanto para evitar la efusión de sangre como para impedir las fatales consecuencias que se seguirían para la causa de su patria de estas discusiones, que hasta entonces habían sido su destrucción, creyó conveniente aceptar la conferencia, aunque se hallaba perfectamente enterado de las pérfidas intenciones de Torres y sus partidarios.

Así, pues, con doscientos hombres, acudió a Surumuato; pero poco después de iniciada la discusión fue obvio que nada que no fuera restituir al padre su antiguo poder y reconocer que los actos del gobierno eran ilegales podía poner fin a la disputa. Aragón, después de pasar dos días empeñado en intentos infructuosos de pacificación, al darse cuenta de que sus oponentes sólo lo entretenían para ganar tiempo y recibir refuerzos de tropas, rompió las negociaciones al dar de plazo determinado número de horas para que decidieran si obedecían o no las órdenes del gobierno. Como no se le envió respuesta alguna dentro del plazo, Aragón de inmediato tomó medidas para reducir al obstinado padre y a sus partidarios por la fuerza de las armas. *El Giro*, con sólo unos cuantos de sus bravos dragones de Santiago, pronto resolvió el asunto. Alrededor de veinte de sus hombres valientemente atravesaron a nado el río, atacaron a los contrarios y los derrotaron. Torres se salvó de ser capturado tan sólo por la velocidad de su caballo y huyó a las montañas de Pénjamo, donde se reunió con algunos de los fugitivos. Sus amigos, al darse cuenta de que únicamente el desastre resultaría de la lucha, finalmente se adhirieron al gobierno. Ocurrieron varias escaramuzas entre los partidos contendientes en las que Torres, invariablemente, salió mal librado; pero, a pesar de todos los esfuerzos de Aragón por apoderarse de su persona, el astuto sacerdote logró eludirlo, como antes lo había hecho con los realistas. Esta contienda entre Aragón y Torres terminó en el mes de septiembre, al avanzar hacia Pénjamo una división realista bajo el mando del coronel Márquez Donallo.<sup>10</sup> En esa población se estableció un puesto militar que cortó a Torres la retirada a las montañas y a los llanos. A partir de entonces la situación del padre se volvió más desesperada cada día y, por último, en completo abatimiento, desbandó a las pocas tropas que le quedaban y con su consejero Ayala y unos cuantos sirvientes se acogió a la protección de los hermanos Ortiz. Éstos intercedieron a su favor ante el gobierno y, a pesar de que su conducta

<sup>10</sup> José Joaquín Márquez Donallo.

anterior, infame y traicionera, merecía un castigo severo, se le permitió permanecer en esa región del país sin ser molestado, con la condición expresa de que ni directa ni indirectamente interfiriera en los asuntos públicos. Ortiz garantizó tal condición, y así terminó la vergonzosa carrera de este ambicioso sacerdote. En junio del año pasado se encontraba vagando por las montañas que se hallaban bajo la jurisdicción de Ortiz, en los alrededores de San Felipe, eludiendo la persecución de los realistas y temiendo por su seguridad incluso entre sus antiguos amigos. Tuvo suerte de no caer en manos de *El Giro*, porque los oficiales de Mina estaban tan convencidos de su perfidia con el difunto general y tan exasperados por su vergonzosa conducta para con ellos que ciertamente hubieran permitido que se le sacrificara a la venganza de aquel jefe y a sus hombres.

La situación de los patriotas en la provincia de Guanajuato se volvía más crítica cada día; pero, a pesar de que todos los pueblos de importancia estaban ocupados por los realistas, todavía hacían la guerra en forma irregular. Recorrían las montañas y las llanuras y sostenían escaramuzas ocasionales con el enemigo, aunque sin guardar orden entre sí ni pretender un plan combinado de operaciones. Con excepción de *El Giro* y su tropa, merecieron finalmente un nombre apenas algo mejor que el de bandidos, que tan a menudo les adjudicaban los realistas.

En la Tierra Caliente occidental la causa patriota asumió un mejor aspecto. En esta región el enemigo había proseguido sin cesar el sistema adoptado en Guanajuato de apostar cuerpos de tropas en todos los pueblos, con lo que había subyugado de tal manera la oposición, que se lisonjaba de que pronto se lograría la pacificación de la parte occidental de la provincia de Valladolid, sobre todo porque se había obligado a los patriotas bajo el mando del teniente general don *Vicente Guerrero* a retirarse a las montañas cercanas a las costas del océano Pacífico. Este oficial es uno de aquellos hombres extraordinarios que las revoluciones hacen destacar. Tanto mientras vivió Morelos como después de su muerte, Guerrero se había distinguido por su intrepidez y actividad. En las montañas de la Mixteca, con sólo cerca de ciento cuarenta indios mixtecos bajo sus órdenes, cuyas únicas armas eran garrotes y hondas, mucho se distinguió por sus brillantes proezas.

Con frecuencia los realistas descuidaban por la noche sus campamentos, en especial en la Mixteca, donde sabían que Guerrero no tenía una fuerza armada suficiente para atacarlos. Habiendo acampado una partida de trescientos realistas a pocas leguas de donde se hallaba apostado con sus indios, este jefe les propuso a sus tropas atacar al enemigo durante una noche lluviosa y de tormenta. Se acordó el plan y se ejecutó con tanto silencio y celeridad que Guerrero se encontró en medio del campamento enemigo antes de que éste se diera cuenta de su llegada. Los

realistas fueron presas del pánico y trataron de huir; muchos de ellos resultaron muertos, y todas sus armas, equipaje, etcétera, etcétera, cayeron en manos de Guerrero. Ésta y otras hazañas similares lo hicieron famoso entre los patriotas de la Mixteca, pero hacia fines de 1817 fue acosado de tal manera por fuerzas realistas superiores en número que se vio obligado a retirarse de esa región y, en compañía de un sirviente, atravesó las líneas enemigas y alcanzó la Tierra Caliente de Valladolid. En esta comarca, después de pasar por varias vicisitudes durante el otoño del siguiente año, con ochenta hombres sorprendió a una poderosa partida de cuatrocientos enemigos, a la que destruyó casi por completo. Esta proeza hizo que cayeran algunas armas en su poder, con las que encendió una flama que se extendió con rapidez por la Tierra Caliente y, antes de que los realistas se recuperaran de la sorpresa que causaba este nuevo antagonista, atacó sus diferentes puestos, los derrotó en varias acciones y reanimó los abatidos espíritus de los patriotas en las regiones occidentales de México así como en las de Valladolid. El virrey, alarmado por este rápido e inesperado progreso de los patriotas, envió órdenes de que se adoptaran las más vigorosas medidas contra Guerrero; así, al brigadier Negrete se le ordenó avanzar hacia la Tierra Caliente con una fuerte división, que amenazaba aniquilar de inmediato al jefe patriota y a su partida. Negrete procedió hacia la población de *Churumuco*,<sup>11</sup> situada en la ribera derecha de un río que corre desde el oriente y se une con el Marqués<sup>12</sup> en sus cercanías. La unión de estos dos ríos forma el *Zacatula*. Negrete encontró al jefe patriota apostado en la orilla opuesta del río, pero no consideró prudente atacarlo y, al ver que no podía mantener mucho tiempo su posición por la falta de provisiones y la influencia destructiva del clima, hizo un movimiento de retroceso y, para disgusto de los súbditos realistas, regresó a Valladolid sin haber logrado nada.

Por esta época, don Miguel de Borja fue elegido por una parte de las tropas de Jalpan como su comandante en jefe; pero para aceptar este puesto le era necesario renunciar a su comandancia de Burras.

La ocupación de Pénjamo por el enemigo había privado a Aragón de aquellos recursos pecuniarios con los que contaba para levantar y equipar sus fuerzas y, creyendo que con una buena administración se podían obtener en Burras amplios recursos y que grandes ventajas resultarían de la comunicación que podría establecer con los patrióticos habitantes de Guanajuato, a causa de la cercanía de aquella ciudad, tomó el mando de aquel distrito. Sus esperanzas, sin embargo, se vieron frustradas desde un principio porque encontró que su predecesor había impuesto tantas contribuciones a los desgraciados rancheros que ya casi nada

<sup>11</sup> “*Churumucoo*” en la edición de 1820.

<sup>12</sup> El Marqués nace en Uruapan con el nombre de Cupatitzio.

les quedaba y, como era contrario al sistema de exacciones que Torres, Borja y otros habían seguido, se vio obligado a depender de unos cuantos individuos para la provisión urgente de sus escasas tropas. Poco tiempo antes de que Borja renunciara al mando de Burras recibió de sus habitantes los impuestos de doce meses por anticipado; esta circunstancia, unida a las ya mencionadas, hacía absolutamente imposible el que Aragón realizara ninguno de los planes que había contemplado con anterioridad.

Antes de que Borja dejara Burras, sucedió algo que llenó de tristeza el corazón de todo verdadero patriota. Don José María Liceaga, a quien ya mencionamos como un distinguido y constante defensor de los derechos de su patria, fue asesinado a traición. Existen fundados motivos para pensar que Borja fue el instigador principal de este asesinato. Liceaga se había retirado de la vida pública y residía en su hacienda en el distrito de Burras.<sup>13</sup> Viajaba por el camino real cuando se encontró con una partida de hombres de Borja, comandada por uno de sus capitanes. Sin ninguna explicación previa, lo atacaron furiosamente; intentó salvarse por la fuga, pero un disparo del oficial lo hizo caer por tierra, donde se le remató. Borja ha intentado justificar este horrible acto alegando que Liceaga se dirigía a la ciudad de Irapuato para entregarse a los realistas y aceptar el perdón real.

Todos los que conocían a Liceaga declararon que ésta era una acusación calumniosa. Su adhesión inalterable a la causa de la revolución a pesar de todas sus vicisitudes, su rechazo a las repetidas proposiciones de reconciliación por parte del enemigo y la firmeza de su carácter, mostrada en numerosas ocasiones difíciles, hacen que la acusación de Borja parezca tan absurda como infundada. Según entendemos, lo que ocurrió fue que Borja, algunas semanas antes de este suceso, le había pedido a Liceaga mil pesos, los que se le proporcionaron; y, para evitar su pago, así como para deshacerse de un hombre que constantemente se declaraba contrario a semejantes procedimientos ilegales, resolvió destruirlo y lo llevó a cabo de la manera que hemos descrito.

Los patriotas se estremecieron al saberlo, pues aunque por su amor al orden y su fuerza de carácter Liceaga se había vuelto incómodo para los jefes militares, el pueblo, en general, lo respetaba.

Por el tiempo en que ocurrió este triste suceso, las fuerzas de Guerrero aumentaban día a día y el horizonte político en aquella parte del teatro de la revolución asumió una vez más un aspecto favorable a los patriotas. Tres de los oficiales de Mina que se habían retirado a *las Cañadas de Huango*, once leguas al norte de la ciudad de Valladolid, donde se

<sup>13</sup> La edición aparecida en Londres en 1821 registra el nombre de esta hacienda, llamada La Gavia.

pusieron a las órdenes del brigadier Huerta, recibieron de éste autorización para organizar un cuerpo de infantería y caballería. Huerta, como la mayoría de los jefes que hemos descrito antes, se había visto elevado, por las vicisitudes de la revolución, a una posición para cuyo desempeño se hallaba totalmente falto de preparación. Era, incluso, vicioso y envidioso de sus superiores, pero al mismo tiempo era valiente hasta la temeridad y se hallaba dispuesto a emprender cualquier proyecto por arriesgado que fuera. Asumió el título de comandante general de la provincia de Valladolid. Creemos que deseaba el bien de su patria, pero su profunda ignorancia le impedía ser de mucha utilidad y, como Torres, no podía soportar la presencia de cualquier individuo a quien supusiera capaz de interferir con su ambición. Contemplaba los éxitos de Guerrero con ojos de envidia y aunque éste se hallaba deseoso en extremo de obtener la cooperación de todos los jefes patriotas, no pudo conseguir la de Huerta.

El coronel Bradburn (uno de los tres oficiales que se habían retirado a las Cañadas de Huango) se ocupaba asiduamente en levantar y organizar un cuerpo de infantería y de caballería, confiado en las promesas que Huerta le había hecho de proveerlo de todo lo que necesitara. Bradburn y sus dos camaradas encontraron que acudían a ellos reclutas de todas partes; se erigieron entonces barracas, se estableció una maestranza y una fábrica de pólvora, se hicieron arreglos para conseguir vestuario de las ciudades enemigas y todo progresaba hasta que llegó el momento en que las nuevas tropas debían recibir sus armas. Huerta las retuvo con distintos pretextos. Bradburn tardó algún tiempo en descubrir la causa de su extraña conducta, pero finalmente averiguó que era provocada por la envidia. Huerta, al ver bajo el mando de Bradburn lo que en su opinión era un cuerpo de tropas bien entrenado, creyó posible que aquél cooperara con, o entrara en los planes de, Guerrero y así disminuyera la autoridad que el propio Huerta pretendía obtener. Ésta fue la causa real de que rehusara a Bradburn las provisiones necesarias.

Las cosas siguieron así por más de dos meses en las Cañadas, y aunque los realistas se encontraban a unas cuantas leguas y sus fuerzas eran cuatro veces superiores en número, Bradburn, con cien hombres miserablemente armados, los mantuvo a raya. Por último, el enemigo decidió destruirlo y en marzo de 1819 avanzó con mil quinientos hombres bajo el mando de don Vicente Lara. Contra esta formidable fuerza toda resistencia era inútil. Bradburn continuó su retirada durante dos días, pero como era seguido muy de cerca por las montañas su partida fue destruida, a excepción de unos treinta hombres que pudieron escapar. Los prisioneros fueron conducidos al vecino pueblo de Chucándiro y fusilados de inmediato.

Por ese tiempo Huerta hubiera podido reunir cuatrocientos soldados de caballería y, como había recibido aviso oportuno de los movimientos del enemigo, reforzar con ellos la pequeña partida; en lugar de eso, con toda tranquilidad, permitió que fuera destrozada por completo. Su conducta posterior con los oficiales de Mina fue vergonzosa y sirve para confirmar lo que antes dijimos que durante los últimos tres años los jefes patriotas han sido por lo general hombres ignorantes, incapaces y licenciosos, que se preocupaban de sus intereses personales a costa de la ruina de su patria. En circunstancias tan desafortunadas casi no puede creerse que los realistas no hayan sofocado por completo la insurrección; que no hayan sido capaces de hacerlo se debe al sentimiento de hostilidad generalizada que existe entre los habitantes y a la aparición ocasional de hombres como don Vicente Guerrero.

La conducta de Huerta y el estado de perturbación de los patriotas de Valladolid impidieron que su gobierno tuviera un lugar seguro donde sesionar. Don José Pagola, quien había sido presidente, y su secretario, fueron apresados por sorpresa y fusilados. Don José Castañeda fue nombrado para el puesto de Pagola y la presidencia recayó en don Pedro Villaseñor. El gobierno se trasladó a un lugar llamado *Las Balzas*,<sup>14</sup> cerca de la población de Churumuco, junto a la confluencia del Río Grande con el Marqués. Allí se consideró a salvo de una sorpresa y confió en la vigilancia y las habilidades del general Guerrero, con quien entonces se había decidido a cooperar en sus esfuerzos por dar a la causa de la revolución un nuevo aspecto.

En las partes altas de Valladolid, el enemigo se había fortificado en Puruándiro, Chucándiro y varios otros lugares. Las tropas de Huerta lo abandonaban día a día y algunos de sus hombres habían aceptado el perdón real. El famoso *El Giro* había sido sorprendido, tomado prisionero y fusilado.<sup>b</sup> Los realistas se vieron así molestados en aquella parte del país en menor grado de lo que lo habían sido durante mucho tiempo.

Los revolucionarios no se hallaban en condiciones de llevar a cabo una serie de operaciones hostiles. Sin embargo, su sistema de defensa era tal que sufrían pocas pérdidas y sus partidas de guerrillas eran todavía numerosas; durante la estación de lluvias se retiraban a las montañas, donde reunían sus caballos y reparaban sus armas, y al volver la estación de secas descendían a las llanuras y atacaban al enemigo con renovado vigor.

<sup>14</sup> “*Las Valzas*” en la edición de 1820.

<sup>b</sup> La edición aparecida en Londres en 1821 añade aquí lo siguiente: “por una partida enemiga. Al verse rodeado de una numerosa fuerza y que la fuga era imposible, desdén las intimaciones del enemigo para que se rindiera. Su valor innato, animado por la desesperación, provocó un reñido combate en el que, después de matar a tres de sus enemigos con sus propias manos y de herir a otros, cayó vencido por su superioridad numérica”.

Se puede considerar que en julio del año pasado la revolución alcanzó su punto más bajo desde que se inició la lucha. Pero los realistas estaban muy lejos de no sufrir molestias y todavía se veían obligados a mantenerse dentro de sus plazas fortificadas. Los patriotas aún continuaban en posesión de las llanuras en las partes del país que después mencionaremos y, de hecho, eran dueños de él hasta las murallas mismas de las poblaciones fortificadas.

En la intendencia de Guanajuato se encontraban todavía, bajo diferentes jefes patriotas, cuando menos . . . . .	1 000 hombres
En la Tierra Fría y Caliente de Valladolid . . . . .	1 500
En la extensa superficie de la intendencia de México . . . . .	2 000
Entre Guadalajara y Valladolid, cerca del Lago de Chapala. . . . .	500
En la costa del océano Pacífico, en la provincia de México, bajo las órdenes del general Guerrero y el brigadier Montes de Oca, <sup>15</sup> todos ellos hombres decididos, principalmente de infantería . . . . .	1 400
	6 400

En la relación anterior, los números corresponden a las fuerzas actuales de los patriotas que están levantados en armas, y al hacer los cálculos no incluimos aquella porción de los paisanos que se han visto obligados por las circunstancias a aparentar neutralidad pero que se hallan dispuestos a rebelarse cuando de nuevo la causa patriota asuma un aspecto favorable.

Omitimos las observaciones relativas al estado de otras intendencias porque en ellas los realistas, con su presencia militar, han logrado alcanzar una pacificación momentánea. Al remitir al lector a lo que ya previamente hicimos notar sobre el carácter y los sentimientos de la población de las grandes intendencias de Veracruz, Puebla y Oaxaca, resulta obvio que la presente tranquilidad es una calma meramente pasajera, expuesta a verse suplantada en cualquier momento por una tempestad revolucionaria.

<sup>15</sup> "Mondesdeoca" en la edición de 1820. Se refiere a Isidoro Montes de Oca.

Durante los últimos siete años varios escritores han publicado las historias más téticas y absurdas relativas a las revoluciones de México y América del Sur, y en ningún otro asunto el público ha sido engañado de manera tan escandalosa. Entre los libros plagados de afirmaciones falsas ninguno es más notable que un trabajo, vuelto a publicar en Filadelfia en 1819, llamado “*Relación descriptiva, histórica y geográfica de la América española, etétera, etcétera.*”, por R. H. Bonny Castle, capitán del Cuerpo de Reales Ingenieros”.<sup>16</sup> Mientras el capitán se ejercita en el oficio de *plagiario* al copiar con fidelidad a Humboldt, Clavijero y otros autores famosos, se excusan los errores de sus afirmaciones; pero cuando intenta darnos un pormenor del actual conflicto en la América española, con sus especulaciones y predicciones y sentimientos sobre asuntos políticos, debe cargar sobre sus hombros la acusación de escribir con el servilismo de un español a sueldo en lugar de hacerlo con la imparcialidad y la hombría que debían caracterizar a un oficial británico y de exhibir la más crasa ignorancia de hechos que difícilmente hubieran escapado a la observación de cualquiera que hubiera prestado la más mínima atención a los asuntos de la América española. Veamos algunos ejemplos.

En la página 316 nos informa que “Mina, quien había estado comprometido en la revolución de Caracas, emprendió una expedición contra la Nueva España, donde fue tomado prisionero y decapitado en México”.

En la página 243, después de hacer un relato confuso de la insurrección en Caracas, afirma que Miranda fue aprehendido y decapitado.

En la página 315 elogia al feroz Boves, un hombre cuya carrera de espantosas crueldades en Caracas provoca que incluso los realistas se sonrojen de que fuera español.<sup>17</sup>

En la página 317, al hablar del estado de la revolución en 1816 y 1817, nos dice que “en Nueva Granada, Florida, Quito, Perú, y México los insurgentes tenían muy poca preponderancia”.

En la página 57 nos da un informe, el más ridículo y falso, sobre la situación de los insurgentes en la Nueva España; y con seriedad afirma que “ni los indios ni la gente del interior habían tomado parte alguna en la lucha”.

En la página 348, al hablar de Buenos Aires y Chile, asienta que “los corsarios insurgentes todavía se atreven a mostrar su bandera en el Pacífico”.

En varias partes de su libro afirma que la autoridad realista se ha restablecido de manera generalizada en toda la América española, y

<sup>16</sup> “Bonnycastle” en la edición de 1820. Los dos volúmenes de la obra de Richard Henry Bonny Castle, *Spanish America; or a Descriptive, Historical and Geographical Account of the Dominions of Spain in the Western Hemisphere Continental and Insular*, fueron publicados por primera vez en Londres en 1818 por Longman.

<sup>17</sup> José Tomás Boves. Si bien fue oficial en el ejército español, Boves se declaró partidario de la emancipación para más tarde regresar a las filas realistas.

que él no abriga la menor duda acerca de la habilidad de España para preservar su soberanía sobre todos aquellos dominios.

Si su libro pasa alguna vez a una segunda edición, le aconsejamos al capitán que corrija los errores que hemos señalado y que confiese con ingenuidad que los sucesos han ocurrido de una manera del todo distinta a sus confiadas predicciones.

Hemos llevado así a nuestro lector a través de algunas de las escenas principales de la revolución mexicana hasta julio de 1819; hemos dado los exactos pormenores de los atrevidos logros e infortunios del valiente Mina y su pequeña banda;<sup>c</sup> hemos mostrado lo que unos cuantos forasteros lograron llevar a cabo en México, y por último hemos intentado transmitir una idea correcta del estado de la sociedad en aquel reino y exhibir el dominio tan precario con el que España mantiene allí su autoridad. La pintura que hemos hecho del padre Torres y de otros de sus jefes posiblemente pueda inducir a creer que es difícil para los patriotas conseguir los oficiales adecuados que los conduzcan a la victoria; mas el lector debe tener en cuenta que los hombres con los que Mina se vio, por desgracia, obligado a cooperar habían llegado a esos puestos durante épocas de anarquía y confusión; habían sido lanzados a la superficie de la revolución por sus corrientes y sus agitadas aguas, y no se distinguían más que por su ambición, su disipación y su ignorancia. Si alguna vez una respetable fuerza extranjera invade México con el objeto de cooperar con sus habitantes en el establecimiento de su independencia, no faltarán buenos y capaces oficiales criollos deseosos de dedicar sus esfuerzos a la causa de su patria, tanto entre los que han encabezado a los insurgentes con anterioridad como entre aquellos que han estado hasta ahora al servicio realista, y, con respecto a la población en general, se hallarán legiones de amigos de la independencia en todas las provincias del viejo México.

Los realistas, en las intendencias de Guanajuato, Valladolid, México, La Puebla y Veracruz, caminan sobre las cenizas aún calientes de las recientes erupciones y llevan una existencia precaria, rodeados de volcanes. El espíritu de hostilidad hacia el gobierno español ha sido sofocado tan sólo por una temporada, y cuando las flamas de la resistencia estallen de nuevo en aquellas provincias, un océano de sangre no podrá extinguirlas. Más aún, será más difícil impedir que el fuego revolucionario que ahora arde a lo largo de las costas del océano Pacífico se propague al interior. El general patriota Guerrero y sus partidarios ocupan una parte de la Nueva España de la que les será casi imposible

<sup>c</sup> Los sobrevivientes de la expedición de Mina que se hallan todavía en México son los coroneles Bradburn, Aragón y don Pablo Erdozain, el capitán don Antonio Mandieta, el señor Gerhard Honhorst, dos soldados y dos jóvenes de color.

a los realistas desalojarlos. Este jefe tiene su establecimiento principal en la *Orilla de Zacatula*, situado en la rivera derecha del río de este nombre, como a legua y media de su desembocadura. Este río desagua en el océano Pacífico, a una latitud norte de dieciocho grados; tiene dos desembocaduras, distantes cosa de una legua una de otra, y ambas se hallan obstruidas por barras, pero la que se encuentra más al norte permite la entrada de botes. Como a sesenta millas al este-sud-este de este río se halla el puerto de Zihuatanejo,<sup>18</sup> al que no sobrepasa en belleza, amplitud y seguridad ningún otro puerto en las costas del Pacífico. Los españoles, temerosos de que fuera conocido por los extranjeros, han prohibido rigurosamente todo comercio por este puerto. Creemos que Lord Anson fue el primero y el único forastero que ha penetrado en él.<sup>19</sup> Como a quince millas al norte de Zacatula se halla también una excelente bahía (ensenada),<sup>20</sup> llamada *Petacalco*. Su fondeadero es cómodo y seguro y el mar está tranquilo durante la mayor parte del año. La brisa marina empieza con regularidad a las ocho de la mañana y continúa hasta la puesta del sol, cuando comienza una brisa de tierra que normalmente sopla hasta las seis o siete de la mañana siguiente. Toda la línea de esta costa, desde Zacatula hasta Zihuatanejo, se halla en la actualidad bajo el control de Guerrero. Las posiciones que ha escogido no sólo están aseguradas contra una sorpresa enemiga sino que la de Orilla es incluso capaz de soportar un sitio formidable. Está defendida al sureste por un río profundo, ancho y rápido, y entre él y un lugar llamado *Colima* yace un terreno salvaje intransitable para cualquier ejército. Desde Tierra Fría se puede llegar solamente por un camino que corre por la ribera derecha del río y pasa sobre montañas cosa de treinta leguas, donde cada milla brinda desfiladeros en los que cien hombres decididos pueden detener la marcha de un millar. De hecho, la región ocupada por Guerrero es la parte más favorable de la Nueva España para las operaciones de defensa; y mientras este experimentado jefe se mantenga a la defensiva será prácticamente imposible que sus enemigos lo venzan. Sus puestos de avanzada se extienden a Las Balsas. La región, escasamente poblada, no ofrece los medios de subsistencia que necesitaría un ejército realista, mientras que los patriotas, acostumbrados a las privaciones, tienen lo necesario. Guerrero ha adoptado el plan de reunir al ganado en un solo rebaño, por lo que al

<sup>18</sup> "Siguatanejo" en la edición de 1820.

<sup>19</sup> El barón George Anson, almirante de la marina inglesa, comandó el escuadrón enviado en 1740 a atacar las posesiones españolas en América del Sur, para lo cual dobló el Cabo de Hornos. Más tarde se dirigió a China, y tomó la nao de Manila, la "Nuestra Señora de Covadonga", que se dirigía a la Nueva España con más de un millón de pesos en productos.

<sup>20</sup> "ensenada" en español en la edición de 1820.

acercarse el enemigo únicamente tiene que conducirlo a la retaguardia, cortando así los medios de subsistencia a sus oponentes. Por lo tanto, los realistas deben recibir sus provisiones desde una distancia considerable, lo que de hecho excluye la posibilidad de intentar un sitio formal contra la plaza fuerte de Guerrero, que es la única manera en que podría ser desalojado.

Los habitantes de toda aquella parte de la provincia de México se caracterizan por su odio a los españoles, y en las provincias vecinas de La Puebla y Oaxaca la totalidad de la población a lo largo de la costa del Pacífico se halla dispuesta a cooperar con Guerrero. Los habitantes de las montañas de la Mixteca le son particularmente adictos y si en el futuro avanza en esa dirección será apoyado de manera cordial. Es probable, sin embargo, que Guerrero permanezca en su actual posición sobre el río Zacatula hasta que algunos sucesos favorables ocurran en las otras provincias, o hasta que reciba una provisión de armas y municiones de guerra.

Si los cruceros de Buenos Aires y Chile dirigieran su atención a aquella parte del litoral del Pacífico que se halla bajo el mando de Guerrero, podrían, con la ayuda de éste, fortificar Zihuatanejo y convertirlo en un punto de reunión de gran importancia para ellos y de muy serias molestias para el enemigo. Al adoptar tal medida todo el comercio de las costas, desde Guayaquil<sup>21</sup> hasta Acapulco y San Blas, sería aniquilado, y el tráfico entre Manila y Acapulco se vería obstaculizado o destruido. Suponemos que la razón por la que no se ha hecho tal intento es la falta de información de los gobiernos de Buenos Aires y Chile sobre la posición que ocupa Guerrero y el carácter de la población a todo lo largo de la costa.

Dos mil soldados, con una provisión extra de diez mil fusiles, que desembarcasen en la costa cerca de la posición de Guerrero y se uniesen a este jefe decidirían la suerte de México en menos de seis meses; y si esos soldados fueran criollos de *Chile* o *Buenos Aires* o de la república de *Colombia*, serían recibidos con alegría y gratitud por los mexicanos, quienes serían, incluso, sus mejores auxiliares.

Estas observaciones, unidas a los hechos que hemos relatado en el capítulo precedente, harán obvio al lector que la soberanía de España sobre México pende de un frágil hilo y que la emancipación de este último de la esclavitud española es un acontecimiento que debe ocurrir en un día no lejano.

Cerraremos nuestras *Memorias de la Revolución* con el capítulo siguiente, al referir brevemente las crueldades cometidas por las autoridades españolas en México y América del Sur durante los últimos nueve años.

<sup>21</sup> "Guaquil" en la edición de 1820.